

# LAS MUNICIPALES

**E**l espectacular destape político del señor Álvarez, alcalde de Madrid por designación y, según sospechas, aspirante —por la derecha de UCD— a sustituir a Suárez en la presidencia del partido, parece que abre, sobre todo, la campaña electoral de las municipales. Podrían celebrarse en abril. Si el referéndum sobre la Constitución puede celebrarse en noviembre, el Gobierno tiene el compromiso de convocarlas "dentro de los noventa días" siguientes: una vez convocadas, habrá un plazo de sesenta días para su celebración. El término "dentro" indica que el Gobierno puede convocarlas al día siguiente del referéndum si quiere, o puede esperar los tres meses del plazo máximo. En teoría, el Gobierno debería convocarlas lo más rápidamente posible: el partido por el que está integrado tiene en sus manos todos los resortes que los otros no tienen. Desde una estructura que ha ido elaborando, con alcaldes y concejales que en gran mayoría le son afectos, hasta unos gobernadores civiles y unos presidentes de Diputación que pueden ser decisivos, pasando por un predominio, que va siendo cada vez mayor —y no sólo por la televisión, sino también por el aprovechamiento de la debilidad de una gran parte de la prensa como consecuencia de la crisis del sector— de los medios de propaganda; y hasta utilizando el indudable voto positivo del referéndum, que va a ser explotado por el señor Suárez y su partido como el fruto de su gestión democrática y de transición. La práctica puede ser distinta. El señor Suárez es moroso en el trance político. Debe ser la escuela franquista. O debe ser una reflexión autobiográfica: la falta de rapidez en sus decisiones ha sido muy favorable a su velocidad ascensional. Lo que pasa es que el tiempo es una cantidad variable en materia política. Era uno, en la época de Franco, y es otro, en la época de Suárez. Para Franco fue un aliado al que supo domesticar de una manera magistral; para Suárez es un enemigo, que ha permitido el rearme moral —y del otro— de sus contrarios. Quizá se paralice también en la fecha de convocatoria de las elecciones, y ello permita a los otros partidos montar a tiempo un tinglado que, a lo que nos puede parecer, tienen todavía demasiado verde esta cuestión.

**H**AY otras variables que, aunque no sea más que por citarlas, se deben tener en cuenta. Una es la de saber qué Gobierno y qué presidente va a convocar estas elecciones. Hay una larga polémica ético-jurídico-política sobre si el señor Suárez debe o no dimitir después del refe-

réndum y una dificultad en saber si, en el caso de que esto se produjera, sobrepasaría lo que no parece más que un acto protocolario, y volvería a ser nombrado, con los suficientes votos en las Cortes como para seguir adelante. Y existe la incógnita de si se deben disolver las Cortes y convocar elecciones generales o no. Don Adolfo Suárez no ha dicho nada claro en sus últimas declaraciones. Las especulaciones acerca de que elecciones generales y municipales podrían celebrarse simultáneamente, por razones de economía —no sólo de dinero, sino de mecanismo político— no pasan del terreno de las ideas. Como las de forma-

ción de un Gobierno "neutral" o la de un Gobierno de "salvación nacional", etcétera. Lo más probable es que por ahora UCD no suelte su buena presa. Cuenta en las Cortes con el apoyo de los comunistas, con el de alguna otra minoría, y puede sustentarse. La tónica general del poder en el país y en el exterior es la de mantener la estabilidad española actual, sobre todo con la posibilidad de que una UCD triunfante después del referéndum y con la Constitución en la mano puede hacerse más conservadora de lo que es actualmente y recuperar algunas confianzas perdidas, dejando cada vez con menos fuerza a la extrema



El alcalde de Madrid, José Luis Álvarez, aspira a convertir, sin solución de continuidad, su elección digital en referendo democrático.



Lo que distingue las elecciones municipales de las generales es el hecho de que en las primeras, salvo el caso de las grandes ciudades, se da un conocimiento directo y personal de los candidatos. En la foto, elecciones (municipales) del 12 de febrero de 1931.

derecha y a los especuladores de grandes movimientos. Una vez que persuada a los poderosos y díscolos de esta tierra de que no es una aventura y mucho menos una revolución, y si evita los riesgos inminentes, podrá asentarse con alguna firmeza. Y podrá desarrollar la ambigüedad de los preceptos constitucionales en decretos y leyes que favorezcan a quienes le sostienen. Quizá entonces sea la ocasión de la izquierda para rehacerse moralmente, para dar al país la imagen de la oposición. Quizá, también, sea demasiado tarde, y el aparato del poder funcione con bastante seguridad.

**L** OS municipios españoles actuales son un residuo del régimen que llamamos anterior, como si hubiera terminado bruscamente en lugar de continuar imbricado en éste: formaba parte de la gran atadura del Movimiento, del franquismo-corporativismo, dentro de la tríada mágica familia-municipio-sindicato, con la tendencia normal de las dictaduras de fragmentar la sociedad en grupos pequeños, en células más fácilmente dominables. La España rural sabe bien cuál ha sido el poder de un alcalde y qué intereses económicos ha podido servir. Y Madrid sabe bien cuál ha sido la capacidad destructora de su economía urbana, de sus barrios, de su tradición y de sus edificios clásicos, de su cultura y de su organización natural, que ha podido hacerse en muchos casos a través de los alcaldes, como lo saben otras grandes ciudades. Una gran parte del reparto de la riqueza en España ha pasado por las Alcaldías.

**T** ODA esta tupida red no se ha renovado, o se ha renovado en un sentido parcial. Si el tiempo, como decíamos antes, es franquista, la permanencia

de alcaldes y concejales a través de los años llamados de transición han limitado mucho la verdadera posibilidad de transición de millones de españoles. En gran parte, estos funcionarios políticos de las aglomeraciones grandes y pequeñas han seguido el ejemplo central y han servido al nuevo poder; algunos han podido ser sustituidos por la remoción previa de gobernadores civiles que sí se hizo con alguna relativa presteza —Fraga fue el primero en querer aprovechar este instrumento, en el Gobierno de Arias Navarro, que no en vano había sido alcalde de Madrid— y quizá algún día se sepa la influencia que tuvo esta estructura municipal y la importancia de los gobernadores civiles en las elecciones del 15 de junio del año pasado: la izquierda, entonces, no tuvo demasiado interés en combatir la forma electoral ni las posibles irregularidades de los resultados, a pesar de que el retraso en comunicarlos, en la contabilidad hecha por el Ministerio del Interior, hubiera podido servir para una campaña fuerte de protesta. Pero la izquierda, entonces, estaba demasiado ufana con el simple hecho de que hubiese habido elecciones, de que el resultado general favoreciera la interpretación de una opinión pública mayoritariamente democrática; por la posibilidad de tener representación parlamentaria y, a través de ella, por poder aproximarse al poder por el consenso, que prefirió aceptarlo todo como había sucedido. Quizá no se daba bien cuenta de la maquinaria de poder que había empezado a construirse entonces de la instrumentalización de UCD para el mantenimiento de un reparto de la riqueza y de las clases sociales, de la fabricación de un futuro: quizá se daba cuenta, pero a pesar de las legalizaciones —tan próximas a la fecha electoral— se encontraba tan en precario que no tenía otro recurso.

**L** AS elecciones municipales de, digamos, abril, van a ser un paso muy importante en la continuidad de este poder que se va configurando en España con unas características de perennidad como las de la Democracia Cristiana en Italia o el PRI en Méjico. A pesar del obligado optimismo de los partidos de izquierda, y de los candidatos ya designados o que esperan serlo, UCD tiene grandes posibilidades, por la creación de su maquinaria, y por su perfeccionamiento, y por los canales del poder, de obtener una mayoría considerable.

**L** A idea de que las elecciones municipales no son políticas es académica, pero no es tan real como parece. Efectivamente, podría suponerse que los vecinos han de votar más en relación con los problemas locales, frente a los escándalos y las corrupciones, en contra de los desgastados y en favor de los eficaces, que en relación con los partidos políticos. El hecho del conocimiento directo y personal de los candidatos —salvo en las grandes ciudades— distingue a los electores municipales de los electores generales, que sólo conocen habitualmente del candidato su imagen pública. La izquierda suele tener una gran confianza en esta diferenciación; pero la verdad es que a la hora de la práctica, por los ejemplos europeos y por los españoles pasados —las elecciones municipales del 12 de abril de 1931— predominan las grandes tendencias políticas, y en los cuadros estadísticos finales se ven muy pocas variaciones, a veces ninguna significativa, con las elecciones generales anteriores o posteriores. En las elecciones españolas podría prevalecer el instrumento de poder que es la UCD, unida a los pueblos por el cordón umbilical de la televisión y de la radio —cuyos mandos se ha asegurado recientemente, mientras han quedado en el olvido los consejos o comités de control interparlamentarios, que no sirvieron para nada—, influidos u obligados por la estructura "atada y bien atada", dependientes de los caciques y de los notables.

**N** ATURALMENTE los partidos de la izquierda son conscientes de todo el riesgo que supone esta elección municipal, en un período de formación y consolidación del poder. Lo que es preciso es que a este conocimiento del riesgo le sepan dar una respuesta imaginativa y clara. Si quedan seis meses para las elecciones municipales, disponen de un tiempo suficiente de preparación y de reflexión para enfrentarse con un aparato temible. ■